

## ACERCA DE LA VARIEDAD; Y DE LA PERSUASIÓN

Como ésta va a ser, entiendo, la última entrega del actual intercambio que Francis Mulhern y yo estamos manteniendo en estas páginas, quizá sería útil intentar, muy brevemente, resumir los principales pasos que ha seguido la discusión hasta ahora. No pretendo que ésta sea una descripción adecuada del intercambio en su totalidad; se concentra en lo que a mí me ha parecido el principal ámbito de la disensión entre nosotros, al menos antes de que apareciera la contribución más reciente de Mulhern<sup>1</sup>.

El argumento central de *Culture/Metaculture* se puede dar nuevamente en las propias palabras de Mulhern:

El término *metacultura* hace referencia a una moderna formación discursiva en la que la «cultura», independientemente de cómo se entienda, habla de su propia generalidad y sus condiciones históricas de existencia. Su impulso estratégico inherente –sin el cual no sería más que antropología descriptiva– es movilizar la «cultura» como principio contra la imperante generalidad de la «política» en el disputado plano de la autoridad social. Lo que habla en el discurso metacultural es el principio cultural en sí, en un intento de disolver lo político como ámbito de arbitración general en las relaciones sociales. La *Kulturkritik* y los estudios culturales, que contrastan generalmente en su filiación social pero comparten este modelo discursivo, han sido versiones firmes de esta voluntad metacultural de autoridad<sup>2</sup>.

Desde este punto de vista, la convencionalmente conocida como «crítica cultural» –que Mulhern, con intención polémica, redenomina «Kulturkritik»– es acusada de intentar «obtener una solución metapolítica simbólica de las contradicciones a la modernidad capitalista». Sólo algo propiamente descriptible como «política», y no una forma de «metapolítica», podría alcanzar una verdadera solución de estas contradicciones. El discurso metacultural es un intento de «suplantar la autoridad de la política»; «disuelve lo político»<sup>3</sup>. El meollo de su argumento se condensa en esta sola frase.

---

<sup>1</sup> Francis MULHERN, *Culture/Metaculture*, Londres, 2000; Stefan COLLINI, «Hablemos de cultura», *NLR* 7, marzo-abril de 2001; F. MULHERN, «Más allá de la metacultura», *NLR* 16, septiembre-octubre de 2002; S. COLLINI, «En defensa de la crítica cultural», *NLR* 18, enero-febrero de 2003; F. MULHERN, «¿Qué es la crítica cultural?», *NLR* 23, noviembre-diciembre de 2003.

<sup>2</sup> F. Mulhern, «Más allá de la metacultura», cit., pp. 64-65.

<sup>3</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., pp. 169, 166.

Mi primera respuesta, aunque cálidamente apreciativa de los méritos del libro, suscitaba objeciones en dos frentes: el histórico y el conceptual. Objetaba que la categoría de «Kulturkritik» rígidamente definida por Mulhern, no podía, sin distorsión, abarcar la amplia gama de figuras intelectuales a las que él deseaba aplicarlas. Sostenía yo que el propio libro de Mulhern, incluida su exhortación a practicar una forma de «política cultural», era en sí mismo una continuación del discurso metacultural, no una superación del mismo, pero que esto, en mi opinión, no era malo porque para escribir desde la perspectiva de la cultura no hace falta, como entiende Mulhern, apelar a elementos trascendentales: «Sólo requiere la presunción de que la reflexión disciplinada, en parte basada en una extensa herencia intelectual y estética, puede proporcionar un punto de apoyo para intentar analizar críticamente el rígido pragmatismo (o “especialismo”) de cada programa político en particular»<sup>4</sup>.

En su respuesta, «Más allá de la metacultura», Mulhern aclaraba y en algunos aspectos ampliaba el argumento de su libro, especialmente en relación a la categoría de «Kulturkritik» y al contraste que él desea trazar entre la lógica perniciosa de todo discurso metacultural y la empresa legítima de la «política cultural». Repetía que la cultura como principio establece «una reivindicación de autoridad sobre el todo social» y, por consiguiente, que el intento de desplazar a la política era el «impulso estratégico inherente» al discurso metacultural. Consideraba que la función que yo había esbozado brevemente para la crítica cultural está gobernada por la lógica de «la problemática arnoldiana» y por consiguiente viciada por la incoherencia presente en todo discurso metacultural. Ampliaba el alcance de su categoría de «Kulturkritik» proponiendo que la versión marxista de la misma puede encontrarse en las obras de Adorno y Marcuse. Reafirmaba el contraste con la «política» entendida como remodelación de los patrones sociales «de acuerdo con juicios basados en un programa y en una estrategia socialmente determinados»<sup>5</sup>. (Debería decirse que dado que yo no había abordado el análisis de los estudios culturales ofrecido en el libro de Mulhern, ese aspecto de la discusión, que se puede considerar su elemento más interesante y original, se ha perdido bastante de vista en nuestro posterior intercambio.)

En «En defensa de la crítica cultural», reconocí de qué formas Mulhern había aclarado y ampliado su argumentación, pero esta versión más reciente me pareció más problemática que la original. En un intento de aislar las cuestiones objeto de disensión, ensayé este breve resumen de nuestras áreas de acuerdo:

Con este argumento, se podría perdonar que los lectores sintiesen cierta frustración por el hecho de que Mulhern y yo parezcamos estar de acuerdo en tanto y sin embargo difiramos en todo. Ambos insistimos en la no identidad entre cultura y política. Ambos reconocemos que la política es el importante, ineludible

<sup>4</sup> S. Collini, «Hablemos de cultura», cit., p. 170.

<sup>5</sup> F. Mulhern, «Más allá de la metacultura», cit., pp. 77, 64, 80.

y difícil intento de determinar relaciones de poder en un espacio dado. Ambos tenemos reservas sobre la extensión en la que muchos izquierdistas, especialmente de la izquierda académica, tratan ahora las cuestiones de identidad cultural, concebida de diversas maneras, como las cuestiones definitorias de la política. Ambos creemos que esas formas de crítica que pretenden resolver los problemas que diagnostican afirmando meramente la deseabilidad o la inevitabilidad de un tipo de armonía son de hecho culpables de evadirse de la política. Y ambos parecemos atraídos por un tono similar o una actitud literaria al analizar estas cuestiones, incluido un gusto por ciertos tipos de ironía intelectual. ¿Hay, por lo tanto, finalmente, una diferencia real entre lo que él prefiere denominar «política cultural» y lo que yo persisto en llamar «crítica cultural»?

Elaboré mis objeciones a esta categoría de «Kulturkritik» ahora ampliada (a las que volveré enseguida), y me pregunté si para Mulhern podría haber una «crítica cultural» que *no* mostrara los fallos discapacitadores de la «Kulturkritik», dado que parece que para él el discurso público pertenece legítima y *exclusivamente* a la política, mientras que la cultura siempre es un intruso en este ámbito. Reafirmé la sensación de familiaridad de la «crítica cultural», señalando que al hacerlo «no considero que yo vaya a decir nada novedoso, ni que esté manteniendo una postura específicamente personal». Nuevamente puse en duda la interpretación, influyente y propuesta por Raymond Williams, que considera la cultura esencialmente como una proyección compensadora de valores excluidos por el progreso de la «modernidad capitalista». Insistí en que no tenemos que entender la cultura en estos términos funcionalistas y compensatorios; que no deberíamos intentar establecer una división demasiado nítida o completa entre «cultura» y «sociedad»; y que no necesitamos considerar que *toda* crítica de la actividad instrumental presupone o apela a un «ámbito trascendental». También insistí en que las afirmaciones de Mulhern *sobre* la política siguen siendo lo que él en otras partes denomina «metapolítica», y de hecho que lo que ofrecen podría describirse, aplicando su propia expresión, como «una resolución metapolítica simbólica de las contradicciones de la modernidad capitalista». Concluía que «hablar de cuestiones ampliamente políticas desde una perspectiva ampliamente cultural es legítimo y al mismo tiempo, probablemente, de efecto limitado. Es sólo una entre las valiosas formas de debate público, y en absoluto constituye siempre la más importante»<sup>6</sup>.

## I. ¿QUÉ ES LA CRÍTICA CULTURAL?

En su colaboración más reciente, «¿Qué es la crítica cultural?», Mulhern intenta trasladar el intercambio a un territorio nuevo. En particular, analiza parte de mis escritos de los pasados quince años más o menos con la suposición de que representan la práctica intelectual cuya legitimidad he

<sup>6</sup> S. Collini, «En defensa de la crítica cultural», cit., pp. 121, 106, 120, 127.

estado intentando reivindicar bajo la etiqueta de «crítica cultural». Detecta en esos escritos cierto vacío, una ausencia de «compromisos específicos», una falta de «valor crítico sustantivo». Por el camino, identifica generosamente varias cualidades positivas en mi obra, pero al final también ella es asignada a la categoría suprema por él establecida de «discurso metacultural», aunque carece de la ambición «metapolítica» hasta ahora constitutiva de ese discurso, y como resultado ofrece meramente una «variación quietista» del mismo. Se sostiene, por consiguiente, que he exhibido en mi propia obra las deficiencias inseparables de cualquier apelación a la «cultura» en la crítica de la sociedad<sup>7</sup>.

No será una gran sorpresa que yo desee discrepar de este análisis en varios puntos, pero antes de tratar de lo que Mulhern dice en su respuesta más reciente, vale la pena resaltar lo que no. En primer lugar, no dice nada más sobre su construcción de la categoría histórica de la «Kulturkritik» y sobre mis críticas de la misma: se conforma, declara, con permitir que otros «sopesen por sí mismos los argumentos». Esto parece pensado para sugerir una tranquila confianza en la capacidad persuasiva de sus propios argumentos, así como, quizá, un experimentado realismo sobre la probable esterilidad de ampliar el debate. Pero de hecho Mulhern no puede mantenerse en sus trece en este punto porque mis objeciones, si no se responden, son fatales para la viabilidad de su discusión más en general.

Bajo esta rúbrica yo había planteado dos tipos distintos de objeción. El primero era que esta categoría se formulaba en un nivel tan elevado de abstracción, y tan alejado de las expresiones y los temas que supuestamente debe abarcar, que su uso corre el riesgo de ser distorsionante más que iluminador. Una variedad asombrosamente amplia de figuras –desde Burke y Cobbet o Herder, pasando por Mann, Benda y Ortega, hasta Adorno, Marcuse, Orwell y Hoggart– se dice que «actuaron con un orden discursivo compartido y se plegaron a su lógica rectora». Pero este «orden discursivo» no es uno que los miembros de esta supuesta «tradición» reconocerían compartir, y la supuesta «lógica rectora», aunque discernible en algunos casos, parece marginal o inexistente en otros. La definición de la categoría se traza con demasiada rigidez: algo que podría resultar sugerente si se presentara como serie de parecidos de familia se vuelve obstructivamente procustiano cuando se somete a una lógica rectora. El resultado final es el de debilitar más que fortalecer la capacidad persuasiva de la «Kulturkritik» como idea (re)organizadora.

Mi segunda objeción fue que aunque Mulhern afirmaba definir esta categoría en términos formales, de hecho introdujo como partes constituyentes de la misma elementos históricamente específicos. Al comentar sobre el original uso hecho de la categoría de «Kulturkritik» en *Culture/Metaculture*, escribí que «Mulhern convierte el pesimismo cultural europeo de

---

<sup>7</sup> F. Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», cit., pp. 32, 40, 46.

entreguerras en su momento característico, de forma que el recurso a la “cultura” tiene que ser socialmente elitista, culturalmente alarmista y políticamente conservador<sup>8</sup>. En su primera respuesta, Mulhern negó esta descripción, reiterando que la categoría estaba definida en términos formales y que no tenía una determinada orientación política. Pero como yo sugerí a mi vez, los términos que él usa para caracterizar el pensamiento de figuras a las que estudia —«autoritario», «aristocrático», «regresivo»— indican con toda seguridad «actitudes a las que la mayoría de los lectores les reconocerían un carácter ampliamente conservador». Independientemente de la postura que los escritores en cuestión adoptaran de hecho en la política de su tiempo, asignarlos a la categoría rígidamente definida de la «Kulturkritik» los condena por desplegar una perspectiva que presentaba «un efecto final autoritario». Además, algunas de las propiedades supuestamente «formales» en cuestión son en realidad sustantivas e históricas: por ejemplo, uno de los tropos definitorios que Mulhern profiere es el de «modernidad en cuanto desintegración», donde el rasgo culminante de la modernidad resulta ser «el ascenso de las masas». El hecho de que este corpus de trabajo fuera muy dado a identificar «climaterios» y a lanzar una «alerta general» ciertamente parece señalar hacia la calificación que yo le doy de «alarmista». Y, desde otro ángulo, el hecho de que se pueda decir que una figura como Croce tiene «cierta afinidad formal con la *Kulturkritik*, pero quizá ninguna otra asociación sustancial» sugiere que la categoría no está plenamente definida desde el punto de vista formal<sup>9</sup>. En otras palabras, la categoría transhistórica de la «Kulturkritik» presentada por Mulhern parece una generalización de rasgos que se encuentran particularmente en la obra de críticos de la «sociedad de masas» pertenecientes al periodo de entreguerras, pero sólo selectiva o levemente en quienes escriben en otros periodos o con otras preocupaciones. Nadie pondría en duda que varios de estos rasgos se pueden encontrar en la crítica cultural de figuras como Thomas Mann o F. R. Leavis, a quien Mulhern retoma con lo que a mí me parece reveladora frecuencia, pero este despliegue de la categoría le permite embrear a todos los críticos culturales anteriores y posteriores (y ahora yo incluido, al parecer) con la misma brocha.

El insostenible imperialismo de esta nueva categoría propuesta se puede indicar de otra manera. *Culture/Metaculture*, el libro en el que Mulhern anuncia su categoría y la aplica para reorganizar nuestra comprensión de la historia intelectual del siglo xx, se basa en material procedente de anteriores ensayos, de los que en ocasiones constituye una reimpresión. Se trata de una práctica común y poco excepcional (no estoy en posición de desaprobársela), pero lo revelador en este caso es que varios pasajes se han reproducido más o menos al pie de la letra, con la excepción de que «Kulturkritik» ha sustituido ahora silenciosamente a diversos términos antes interesantemente distintos. Por ejemplo, en este libro, explica la falta de reconocimiento adecuado que se da

<sup>8</sup> S. Collini, «Hablemos de cultura», cit., p. 167

<sup>9</sup> S. Collini, «En defensa de la crítica cultural», cit., pp. 107-112.

a la «autoorganización de la clase trabajadora en política» en *The Uses of Literacy*, de Hoggart, en función del «efecto perceptivo espontáneo de la convención que enmarcaba su análisis: el de la *Kulturkritik*». Las mismas palabras se usan en el ensayo anterior, exceptuando sólo que allí se denomina «crítica cultural» al culpable. O de nuevo, el libro más reciente habla de que Williams estableció «la irreductible distancia entre la *Kulturkritik* en todas sus variantes —reaccionaria o reformadora— y una política de cultura integralmente socialista». La misma frase se presenta en el ensayo anterior, pero el «liberalismo cultural» ocupa el lugar de la «*Kulturkritik*». O, finalmente, cuando Mulhern se permite registrar una rara nota de reserva sobre la obra de Williams, dice de *Culture and Society* que los conceptos que le dan título «parecían a menudo ejercer un control reflexivo sobre el propio discurso del autor, desviando sus prioridades analíticas y evaluativas de la razón política propiamente dicha hacia una base moral “superior”, y finalmente “común”: la familiar orientación de la *Kulturkritik*». La redacción del ensayo original presentaba nuevamente un cambio revelador: «[...] control reflexivo sobre el propio discurso del autor, desviando sus prioridades analíticas y evaluativas de la razón política propiamente dicha hacia una derogación típicamente “humanista”, con intimaciones correlativas de un interés moral finalmente “común”».<sup>10</sup> «Crítica cultural», «liberalismo cultural», «humanismo»: independientemente de lo que signifiquen estos controvertidos términos, distan mucho de ser idénticos. La «*Kulturkritik*», en el nuevo uso que le da Mulhern, elide las distinciones tanto en el presente como en el pasado para avalar una afirmación polémica sobre la «razón política»: ciertamente éste es el principal argumento que los lectores tendrán que sopesar por sí mismos.

### *La eliminación de la crítica cultural*

Esto conduce a la segunda y más amplia cuestión que Mulhern no aborda en su respuesta más reciente. Empieza preguntando «cuál es el fundamento de la postura» que yo deseo defender, y proporciona una respuesta «esbozando [mi] crítica cultural» tal y como se expresa en algunos de mis escritos más recientes. Volveré enseguida a la precipitada suposición de que la postura que he estado defendiendo hasta ahora en este intercambio debe estar representada por mi propia práctica; de hecho, que la defensa de dicha práctica es el impulso inconfesado que subyace a mi argumento general. Pero lo más llamativo de esta táctica es que no reconoce el hecho de que la idea polémica de la postura inicial de Mulhern,

---

<sup>10</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., pp. 59, 72, 67; cf., *The Present Lasts a Long Time: Essays in Cultural Politics*, Cork, 1998, pp. 122, 130, 127. La frase siguiente a este último párrafo habla de *Culture and Society* como la «reevaluación de la *Kulturkritik* inglesa» por parte de Williams donde el original había hablado de «reevaluación de la crítica cultural inglesa», y así sucesivamente. Como señalé en «Hablemos de cultura», cit., p. 165, el ensayo en cuestión, «A welfare culture? Hoggart and Williams in the fifties», se publicó por primera vez en *Radical Philosophy* en 1996 y se reimprimió posteriormente en *The Present Lasts a Long Time* antes de ser ampliamente reutilizado en *Culture/Metaculture*.

establecida en *Culture/Metaculture* y defendida en su artículo posterior, era la de negar la posibilidad de que exista una forma legítima de crítica cultural y proponer reemplazarla con la versión que él ofrece de «política cultural». De hecho, mis anteriores contribuciones implicaban la «defensa» de que es posible una forma legítima de crítica cultural, pero precisamente porque esa defensa parecía necesaria ante su ataque. De nuevo ofrecí una serie de argumentos contra la radicalidad de sus afirmaciones iniciales, pero nuevamente su contribución más reciente no intenta responder a estas objeciones. Es importante, por lo tanto, restablecer el meollo de este desacuerdo antes de proceder a juzgar si los comentarios que él hace sobre algunos de mis escritos anteriores vienen al caso.

Como acabamos de ver, Mulhern lleva un tiempo prestando atención a lo que él denomina la «derogación típicamente “humanista” de la razón política». Aquí, las comillas ironizantes son la expresión tipográfica del desprecio, contrapuestas a la grandeza casi kantiana conferida por el hecho de hablar de «razón política» y no simplemente de «política». Ampliando la gama de objetivos de su reciente libro, ataca lo que él describe como «el impulso utópico, común a la vieja crítica cultural y a los nuevos estudios culturales, para resolver la tensión de la relación entre cultura y política disolviendo la propia razón política»<sup>11</sup>. En respuesta, yo impugné esta afirmación, en buena medida porque parecía proponer una comprensión restrictiva y tendenciosa de «la vieja crítica cultural». Repetí una interpretación bastante convencional de esa actividad (de ahí mi insistencia en que la posición que yo estaba adoptando no era ni novedosa ni distintivamente personal), una actividad en la que prácticas intelectuales y estéticas ampliamente denominadas «cultura» proporcionan una serie de recursos o perspectivas a partir de los cuales realizar la crítica de la sociedad, incluidas sus actividades ampliamente instrumentales, así como la crítica del trabajo de otros críticos. Mulhern aún no ha establecido que ésta debe de ser, en principio, un actividad ilegítima.

Yo había dicho que éste era el sentido «asociado, en Reino Unido, con aspectos de la obra de figuras como Matthew Arnold, T. S. Eliot, George Orwell, Richard Hoggart, etcétera»<sup>12</sup>. En su artículo más reciente, Mulhern empieza resumiendo inmediatamente mi análisis y diciendo a continuación, después de citar esta lista ilustrativa: «Esto se puede considerar una descripción propia (excepto en la evocación de Eliot, a quien yo al menos no habría asociado con el periodismo crítico de Collini)»<sup>13</sup>. Lo que me llama la atención aquí no es la suposición de que todo el tiempo he estado ofreciendo una defensa encubierta de mi propia práctica crítica, sino la sugerencia de que el nombre de Eliot está de alguna manera fuera de lugar en la lista, de que es muy diferente de los demás mencionados (¿quizá debido a sus opiniones provocativamente reaccionarias?). Éste es

<sup>11</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., pp. xx-xxi; «Más allá de la metacultura», cit., p. 64.

<sup>12</sup> S. Collini, *En defensa de la crítica cultural*, cit., p. 106.

<sup>13</sup> F. Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», cit., p. 33.

el primer lugar (vendrán otros) en los que percibo que Mulhern tiende de manera natural a asumir que la actividad o la tradición presupone un acuerdo sustantivo. Si yo *hubiera* estado ofreciendo, con extrema presunción, una taimada autodescripción en el párrafo citado, no habría encontrado la inclusión de Eliot incoherente, por mucho que rehúya de sus poco atractivas tendencias políticas y actitudes sociales. Seguramente, la verdad es que cualquiera que establezca una lista reducida de nombres para ilustrar el género de la crítica cultural en el Reino Unido del siglo xx incluiría con probabilidad a Eliot, sin por ello identificarse con su práctica de la actividad (o la de ninguno de los otros nombres) ni respaldarla.

Un problema similar surge cuando Mulhern, mientras pone en duda la coherencia del sentido de «crítica cultural» que yo he invocado, yuxtapone a T. S. Eliot, Raymond Williams y Richard Hoggart como «tres contribuciones reflexivas, críticamente distantes al debate que sobre la cultura y la sociedad se mantuvo en la posguerra», y después concluye, con el aire de un fiscal que acaba de remachar su alegación: «Todas ellas cumplen los criterios mínimos que Collini establece para la crítica cultural y son mutuamente incompatibles»<sup>14</sup>. Bien, si «incompatibles» significa que exhiben o se muestran partidarias de diferentes estilos intelectuales o valores políticos, son de hecho «incompatibles», pero eso no los convierte en menos practicantes de formas de crítica cultural. Decir que las características formales que yo había mencionado, tales como distancia, reflexión y generalidad, no nos permiten «establecer una discriminación entre» estos tres escritores no es una objeción a la caracterización de la crítica cultural en parte basándonos en estos términos generales. Por supuesto que habría otros rasgos y otros valores en función de los cuales se podría discriminar entre ellos; nunca se podría suponer que las tres características mencionadas son todo lo que se puede aportar para leer a estos autores. En casi todos los campos, los escritores y los pensadores se pueden incluir en una actividad común aunque mantengan opiniones tremendamente divergentes sobre distintos aspectos de los temas que tratan. No hay alegación dañosa a la que responder aquí.

### *De nuevo, la cultura*

Debo confesar que no estoy seguro de que haya alegaciones que responder con respecto a los párrafos de Mulhern sobre los diferentes sentidos de la «cultura». Aquí estoy reconociendo una verdadera dificultad de comprensión, no ensayando un desprecio altanero, pero los párrafos en cuestión están muy condensados y no resultan fáciles de interpretar. Creo que Mulhern está diciendo que incluso el sentido convencional de «cultura» que yo invoqué está ahora tan cargado de opinión teórica que hace incoherente cualquier idea de que el crítico apele a las perspectivas y a los valores de dicha cultura y hable desde ellos. El término, o bien rei-

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 35.



vindica tácitamente una superioridad insostenible sobre el mundo de la no cultura, exigiendo una versión del «mejor sí mismo» de Arnold para validar la posición desde la que habla, o bien, repensado como aspecto «de las relaciones entre elementos de un modo de vida completo», pierde cualquier posición independiente ante «mundo del sentido histórico y dividido». Yo rechacé la primera postura sin, supuestamente, apreciar adecuadamente que la segunda interpretación recorta la posibilidad de que la crítica sea proporcionada por la «cultura» con una perspectiva o un conjunto de recursos capacitadores, ya que el arte y las ideas en sí mismas, así entendidas, tenderán a operar «dentro del espacio de lo dominante ideológico». Para respaldar esto, cita el análisis que Williams hace, en *Culture and Society*, sobre la novela industrial del siglo XIX, «en la que aun siendo testigo elocuente y firme de la realidad del sufrimiento experimentado por la clase trabajadora albergaba al mismo tiempo, imaginativamente, un temor incontrolable ante la irracionalidad de las masas», y sigue argumentando que incluso cuando la literatura toma la propia cultura como su material, sigue sometida a «esa distorsión de la visión»<sup>15</sup>.

Como a veces puede ocurrir con ejemplos históricos enérgicamente manejados, el ejemplo escogido aquí parece poner en cuestión el argumento principal, más que respaldarlo. Hablar de que estas novelas sufren de «distorsión de la visión» implica que se posee la visión clara o no distorsionada que podrían haber manifestado de no haber sido por la presión ejercida por «lo dominante ideológico». Pero ¿escapa entonces esa visión correcta y no distorsionada al «mundo del sentido histórico y dividido»? Si es así, la forma general de la objeción parece nula: si Engels puede tener acceso a dicha visión, también, en principio, podrá Mrs. Gaskell. Pero si no consigue escapar, entonces la objeción general es nula por la razón opuesta: formar parte del «mundo del sentido histórico y dividido» no impide necesariamente que los escritores lleguen a captar de manera penetrantemente crítica algunos aspectos de la sociedad en la que viven. Esta última proposición me parece en general cierta y confirmada por frecuentes ejemplos históricos (una de las razones por las que la noción de «lo dominante ideológico» siempre tiende a extenderse demasiado). Pero en ese caso quienes practican la «crítica cultural» y la «política cultural» están exactamente en el mismo barco: ninguno de los grupos tiene, ni necesita, acceso a una fuente privilegiada de visión «no distorsionada»; ambos consiguen criticar a la sociedad contemporánea a partir de los materiales de los que disponen.

Al analizar el ejemplo dado por Mulhern he dejado de lado la cuestión de si deberíamos esperar que una *novela* ofrezca un análisis único, inequívoco, de una cuestión social determinada; quizá la «coexistencia imaginativa» de diferentes planos o registros de experiencia forme parte de lo que encontramos específico y específicamente valioso en la narrativa. Pero el hecho de que, al ofrecer su ejemplo, el propio Mulhern no parezca preo-

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 34-35.

cupado por esta idea me sugiere una posible interpretación de sus afirmaciones generales más abstractas –y en mi opinión un poco más opacas– sobre la «cultura».

Al hablar de la noción extensa, más antropológica, de «cultura» favorecida en las últimas obra de Williams y en el tipo de estudios culturales que afirman descender de ella, Mulhern observa que la literatura y la filosofía persisten como parte de «las relaciones sociales del sentido en su totalidad», y enseguida añade: «De no ser así, el nuevo concepto de cultura simplemente invertiría el dualismo del antiguo». ¿Pero cuál es este «dualismo» y en qué sentido se aleja del mismo, sea lo que sea, el concepto de cultura supuestamente nuevo? Aquí es donde me siento más inseguro en mi lectura de Mulhern, pero la acusación de dualismo (está claramente pensada como acusación) parece descansar sobre la suposición de que el crítico cultural considera que la literatura y las ideas se encuentran de alguna manera apartadas o por encima de la sociedad, y por lo tanto reifica la cultura como –en el término con el que Williams resumía críticamente el resultado de la historia que estudiaba– «una abstracción y un absoluto». Me gustaría comentar de pasada que no me resulta obvio que todas las figuras a las que Williams estudiaba reificaran la cultura de esta forma, pero en cualquier caso no hay razón alguna para suponer que el crítico cultural contemporáneo *deba* hacerlo. Por supuesto, las actividades culturales forman «parte de la sociedad»; todas las actividades humanas forman «parte de la sociedad» (¿de qué otra cosa podrían formar parte?), incluida la actividad de «intentar determinar la forma de las relaciones sociales como un todo en un espacio dado». Hablar de que la «cultura» es, para ciertos propósitos, distinguible de la «sociedad» no supone más el ser prisionero de un «dualismo» discapacitador que hablar de que la «política» es, para algunos propósitos, distinguible de la «sociedad». En el transcurso de sus escritos, cualquier escritor establece, tanto a manera de propuesta como sintomáticamente, cuán alerta está al elemento de la convención arbitraria implicada en dichas categorías. Pero, manejado con el requisito de la conciencia propia, «cultura» es un término tan útil y legítimo en este contexto como el de «política».

Siguiendo la secuencia de la respuesta más reciente de Mulhern, se requiere aquí una digresión exegética muy breve. Yo había comentado que en buena parte de la bibliografía sobre este tema, y al igual que en este intercambio, el término «política» tendía a usarse con dos acentos distintos. En primer lugar, podía detectarse lo que yo denominé «el sentido que le da un lector de periódico: los hechos diarios de políticos, partidos y parlamentos»; y, en segundo, destacaba el sentido «más elevado», «el intento de ordenar las relaciones sociales a la luz de concepciones de posibilidad humana»<sup>16</sup>. La invocación que Mulhern hace de la «propia razón política» comparte claramente este segundo acento; los comentarios

---

<sup>16</sup> S. Collini, «En defensa de la crítica cultural», cit., p. 118.

despectivos de algunos críticos culturales sobre «la reproducción rutinaria de controversias o intereses competitivos» forman parte con igual claridad de la primera (Raymond Williams proporciona útilmente la frase ilustrativa en este caso). Mulhern me reprende por apelar a «la autoridad» del lector de periódico, y después procede a darme un largo e innecesario sermón sobre la forma en que grandes cuestiones sobre visiones opuestas de la sociedad humana invaden las noticias periodísticas diarias, algo especialmente visible en épocas en las que aumentan los conflictos, como la Alemania de Weimar o, de manera diferente, el Reino Unido de Thatcher. Ciertamente; es difícil imaginar que alguien desee siquiera negar eso. Pero estaba a buen seguro claro que yo no estaba *apelando* a «la autoridad» del lector de periódico, fuera cual fuera; simplemente usaba una expresión familiar. No estaba intentando aportar aquí una nueva maquinaria conceptual, sino meramente resaltando un cambio entre énfasis, un cambio que ha sido resaltado antes pero que, si no se presta atención a él, provoca confusión sobre el nivel del discurso o la actividad en cuestión. Un crítico puede razonablemente llamar la atención sobre ejemplos de análisis coyunturales, importancia excesiva de la carrera profesional o cinismo en aspectos de la vida política contemporánea sin por ello ser culpable de intentar «disolver la propia razón política».

### *Tipos de crítica*

En mi anterior contribución, observé que el asunto en cuestión está, como es obvio, estrechamente ligado con las formas de entender la función de «el intelectual». En respuesta, Mulhern nos ofrece dos alternativas. Tenemos la concepción «corporativista»: «Los intelectuales son en principio un grupo social unido, ligado moralmente por un compromiso con los universales a través de los cuales juzgan el mundo». Oponiéndose a esto se encuentra una concepción más modesta que reconoce que «la práctica característica de los intelectuales es una de las múltiples variedades de intervención en el reñido campo de las relaciones sociales»; «los intelectuales toman sus decisiones a partir de una gama de posibilidades históricas que comparten con todos los demás seres humanos». Supone correctamente que la primera de estas alternativas «no es una opción» aceptable para mí, pero también sospecha que la segunda concede al intelectual un «*status*» inferior a lo que yo desearía, porque (extrapolo esto de sus demás comentarios) no reserva un contenido distintivo para la «cultura» en nombre del cual yo considere que habla el intelectual<sup>17</sup>.

Debo empezar diciendo que no había elegido trabajar dentro de esta unión binaria, pero no quiero, de hecho, conceder una categoría especial a los intelectuales. Ese término ha acabado aplicándose principalmente a aquellos que, desde la base de un logro creativo, académico o cultural de

---

<sup>17</sup> F. Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», pp. 39-40

otro tipo, se dirigen a un público no especializado sobre cuestiones de interés general. Es decir, en términos de Mulhern, la «modalidad de intervención» distintiva de los intelectuales, pero es suficientemente distintiva para el propósito y diferente de «intervenir» en virtud de, pongamos, la función comercial o jurídica que uno tenga. Pero aunque a Mulhern puede seguirle pareciendo que esto reivindica excesivamente la actividad de los intelectuales, también le parece que es reivindicar demasiado poco. «Si la práctica intelectual está tan modestamente especificada, después de todo, ¿qué posición puede sostener?»<sup>18</sup> ¿Pero a qué «posición» se refiere aquí? La práctica intelectual es práctica intelectual, modestamente especificada o no (y si hay que elegir, una pequeña modestia en tales temas parece más atractiva que su opuesto). Esto no tiene mucho misterio, como tampoco lo tienen las formas en que se podrían redactar los protocolos de dicha práctica para criticar la sociedad contemporánea. Lo que *puede* significar la «posición», como indica la referencia que Mulhern hace en el párrafo anterior a la «base social» de los «universales», es un conjunto de opiniones que respaldan o promueven los intereses de una clase social particular. Pero preguntar por los «universales» sería ya un movimiento discutible; asumir que sólo tienen validez cuando poseen una «base social» de este tipo sería otro (y decir que esto no va a estar comprometido con el «Idealismo»). Forma parte de mi alegación general que uno no *tiene* que hablar en estos términos.

Es, presumiblemente, en gran parte por esta razón por lo que Mulhern afirma detectar una especie de vacío o ausencia en el interior de las obras que yo he dedicado a esta área. «Esta idea reducida del intelectual, como la “perspectiva abstracta de la cultura” con la que él [Collini] presumiblemente la asocia ahora, es cuestión de álgebra: respecto a la  $x$  del otro, la  $y$  es una cifra que espera su valor crítico sustantivo»<sup>19</sup>. Claramente, hay algo en mis obras que frustra e irrita a Mulhern, pero esta expresión de su frustración no hace avanzar el debate. Cualquier «idea del intelectual» será principalmente la caracterización de una relación: una relación entre un público, un medio, una ocasión, una reputación, etcétera. Obviamente no puede especificarse en función de expresar sólo un tipo de opinión, y tampoco es un comentarista, al analizar «la idea del intelectual», primando de esa forma un tipo de opinión sobre los otros.

Mulhern queda suficientemente satisfecho con el concepto de «álgebra» como para repetirlo, por ejemplo, cuando enumera varias cosas por las que yo, en cuanto especialista en historia intelectual, estoy interesado, tales como actitud, tono, temperamento, etcétera, y comenta: «Y así continúa la serie algebraica»<sup>20</sup>. ¿Pero son esas cuestiones realmente un código de anotación tan vacío, un aplazamiento de la «sustancia»? Las diferencias de temperamento, por ejemplo, no sólo se encuentran entre las diferencias más

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 39-40.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 41.

interesantes que distinguen entre sí a los seres humanos; pueden tener también enormes consecuencias, y atender a dichas diferencias no es necesariamente trasladar la atención de uno de la esfera pública a la privada. La «sustancia», con la que se contrasta dicha álgebra vacía, parece estar provista de diferencias de «evaluación política», las liberaciones de la «propia razón política». Pero éstas son frases que parecen vulnerables, si algunas lo son, a las acusaciones de «vacuidad» y al aplazamiento de la sustancia. Aquí parecemos encontrarnos en ese mundo desordenado en el que proclamar la lealtad general de uno a una supuesta dirección de la historia mundial se considera «sustantivo» mientras que ofrecer una caracterización individual o una discriminación crítica detallada se tacha de mera «álgebra». Y esto nos devuelve a la cuestión de por qué debería pensarse automáticamente que la «evaluación *política*» triunfa sobre todos los demás tipos: a veces lo hace muy adecuadamente y otras, seguramente, no.

## II. HACIENDO CRÍTICA CULTURAL

La mayor parte del artículo más reciente de Mulhern está dedicado a una amplia crítica de mis escritos de las pasadas dos décadas. Debo decir inmediatamente que, halagadora como es esta crítica en algunos aspectos, me resulta completamente irrelevante para el tema en cuestión. Al intentar reinstaurar la posibilidad de que exista alguna forma legítima de crítica cultural, vista su eliminación en el esquema conceptual de Mulhern, yo no intentaba justificar ninguna práctica propia. La argumentación se presentó en términos generales porque era una posibilidad general cuya legitimidad se había puesto en cuestión. Sin embargo, dado que Mulhern ha procedido ahora de esta manera, y que claramente cree que las observaciones críticas que él hace a mis escritos sirven para desacreditar la argumentación a favor de la crítica cultural en general, intentaré responder a sus críticas, consciente de los peligros de caer en la autojustificación y de los tipos de egotismo intelectual a los que puede conducir.

Debería empezar por declarar que no considero haber sido un «crítico cultural» con una práctica consecuente y distintiva, en buena parte, ante todo, porque muy poco de lo que he escrito hasta muy recientemente podría aspirar a ser considerado «crítica cultural». Durante muchos años todo mi trabajo, e incluso ahora la mayor parte de él, ha sido reconocible como contribución a la historia intelectual, realizada de una manera académica y (así les ha parecido a algunos lectores) bastante austera. Desde hace varios años, es cierto, también he escrito artículos ocasionales que intentan abarcar a un público más amplio, no especializado, aunque no estoy seguro de que tales artículos, la mayoría de los cuales han adoptado la forma de reseñas, se puedan considerar siquiera como contribuciones menores a la actividad de la «crítica cultural» tal y como se entiende convencionalmente la expresión. Más en general, mi evolución intelectual ha sido lenta y desigual, lo cual ha hecho que me sienta menos

confiado y menos convencido de la dirección de mi pensamiento de lo que el propio Mulhern parece haber estado desde una fase más precoz. Uno o dos de los ejemplos citados de mi obra, especialmente de hace algún tiempo, llevan con demasiada claridad las huellas de alguien que está intentando encontrar su camino.

A finales de la década de 1970 y en la de 1980, al abordar aspectos de la historia intelectual británica del siglo XIX que también figuraban como parte del tema de los subcampos de la historia de las ciencias sociales y de la historia del pensamiento político, a mí me preocupaba especialmente el intentar rescatar la esencia de los agentes históricos pasados de la esquematización y el tratamiento actualizado que normalmente recibían de aquellos especialistas en ciencias sociales y en teoría política que asaltan el pasado para sostener una posición teórica contemporánea. Desde entonces, he comprendido que *Public Moralists* (completado en 1990 y basado en materiales de la década anterior) habría sido mejor libro si yo no hubiera permitido que el deseo de huir de la sombra de la «historia de la teoría política» modelase mi discurso en algunos lugares, y Mulhern tiene razón al detectar una irritable insistencia en algunos de los comentarios más radicales que hice en aquel periodo sobre la coercividad de «doctrinas» y «teorías».

No obstante, incluso en mi propio caso reconozco la verdad de la observación que el Dr. Johnson hace de que «a quien escribe mucho no le resultará fácil escapar a una actitud como la recurrencia a modos particulares que pueden resultar fáciles de percibir»<sup>21</sup>, y reconozco algunas de las continuidades de actitud y modo sobre las que Mulhern llama la atención. Pero el argumento más amplio, que él mantiene con bastante celo forense, simplemente no se sostiene. No hace falta decir que Mulhern no está obligado a realizar un estudio global y proporcionado de mi obra, pero dado que proporciona varias caracterizaciones resumidas de la misma y después usa dichas caracterizaciones para criticar o desacreditar la actividad de la crítica cultural en general, parece necesario señalar algunas de las formas en las que la lectura que hace de mis escritos podría ser tendenciosa o culpablemente selectiva.

### *¿Un retorno a Arnold?*

Mulhern presta mucha atención a mi estudio de figuras particulares, como Matthew Arnold, Richard Hoggart y Christopher Hitchens, así que permítaseme observar cada uno de los casos por separado. La principal reserva que tengo al análisis que hace de mis escritos sobre Matthew Arnold, una reserva que me gustaría pensar que cualquier lector de mi obra compartiría, es que descansa sobre una identificación demasiado simple entre el

---

<sup>21</sup> Samuel JOHNSON, «The Life of Dryden», *Lives of the Poets*, (1779-1781), citado en Christopher RICKS, *Allusion to the Poets*, Oxford, 2002, p. 42.

autor y la materia. Se da claramente el caso de que hay aspectos de las obras de Arnold que yo considero decisivos, y en el Prefacio a mi breve volumen de «Past Masters» explico por qué, al escribir sobre ese tema en ese momento y con ese formato, había elegido presentar un retrato que algunos podrían considerar «culpablemente indulgente». Pero la recreación comprensiva no implica respaldo. De hecho, en el último capítulo dejé claro que no soy uno de los «más devotos partidarios» de Arnold, y que esperaba que el libro hubiera indicado algunas de las formas en las que el autor es «especialmente susceptible de crítica»<sup>22</sup>. Aun así, Mulhern insiste en interpretar que yo no me encuentro «alejado» de Arnold en diversos temas cruciales, concluyendo de un pasaje de mi exposición que «si el estilo libre indirecto permite una interpretación confiada», yo no estoy hablando «a una distancia significativa» de las opiniones que describo<sup>23</sup>. Me sorprende que un conocedor de la crítica cultural, como lo es Mulhern, me identifique tan confiadamente con opiniones presentadas mediante esta estrategia literaria particular. Esta alegación general es reforzada entonces por lo que a mí me parecen interpretaciones erróneas de pasajes particulares. Por ejemplo, me cita hablando de la «profunda afinidad intelectual» de Arnold con el platonismo, algo que yo tomaba como indicativo de «lo que podría describirse como el carácter “antipolítico” de su pensamiento». Mulhern interpreta esto como un respaldo directo por mi parte, aunque yo habría pensado que el texto original estaba suficientemente claro en la materia. En el párrafo que Mulhern cita, digo: «Arnold era temperamentalmente algo platónico, con toda la vulnerabilidad del platónico a dejarse deslumbrar por la belleza de sus propios ideales como para olvidar el maltrato que reciben en la práctica». Y en el párrafo inmediato digo: «Nadie con una aversión tan fuerte al conflicto como la que Arnold llegó a manifestar puede en general escribir satisfactoriamente sobre política»<sup>24</sup>. No entiendo cómo estas frases pueden interpretarse como algo distinto a la crítica, crítica que resalta las limitaciones del «carácter “antipolítico” de su pensamiento» y que a buen seguro señalan que una distancia más que temporal separa al autor histórico del comentarista moderno.

Dado que Mulhern ya me ha hecho el cumplido de leer varias de las cosas que he escrito, quizá parezca descortés por mi parte reprocharle que no me lea más, pero puesto que da tanta importancia a mi supuesta identificación con las opiniones de Arnold, pienso que debería tener en cuenta las reflexiones explícitas sobre esta cuestión que aparecen en el Epílogo a la reimpresión que Clarendon Press publicó del volumen de «Past Masters»<sup>25</sup>. Aunque en el mismo reconozco que en la primera edición quizá me haya mostrado ingenuo al no prever lo reductivamente que se podría interpretar el empático retrato que hago de Arnold, reitero, en términos bastante claros, mi sentimiento de distancia no sólo respecto a sus «detrac-

<sup>22</sup> Stefan COLLINI, *Arnold*, Oxford, 1988, pp. vii, 117.

<sup>23</sup> F. Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», cit., p. 38.

<sup>24</sup> S. Collini, *Arnold*, cit., pp. 91-92.

<sup>25</sup> S. COLLINI, «Afterword», en *Matthew Arnold: a Critical Portrait*, Oxford, 1994, pp. 125-128.

tores más severos» sino también respecto a sus «celosos partidarios»: «No deseo defender todos los juicios o gustos particulares de Arnold. [...] De manera similar, la idea de intentar imitar la actuación de Arnold me parece fundamentalmente equivocada, sólo capaz, incluso en su mejor aspecto, de provocar un anacronismo intencionado y un pastiche afectado». Y señalé en mi crítica a aquellos lectores modernos que intentan respaldar a Arnold de la forma que objeta Mulhern: «No siento simpatía por la [...] apropiación de este escritor victoriano en particular para añadir un barniz histórico a una intransigencia contra lo moderno»<sup>26</sup>.

El propio Mulhern, por supuesto, no es presa de ninguna incriminación de simpatía, ni siquiera de ambivalencia sobre el tema: «La sociedad burguesa definía el horizonte imaginativo de Arnold». Inmediatamente pasa a lo que considera un contraste esclarecedor: «Marx vio en la misma sociedad las condiciones de una vida colectiva cualitativamente superior, que habría de alcanzarse por medios políticos». Mulhern confía en estas imputaciones; está convencido de que son las únicas opciones reales; y está convencido de que esta división es lo que importa sobre todo lo demás. En consecuencia, él y yo debemos encajar en esta plantilla; él sabe dónde está él, y ahora está razonablemente convencido también de que me ha encajado donde me correspondía.

Los detalles de mi relación con la obra de Matthew Arnold (o de cualquier otra figura histórica) no son, sospecho, de muy amplio interés, pero parecía importante detenerse en este ejemplo porque muestra un rasgo recurrente de la argumentación de Mulhern. Percibo en su artículo más reciente una insistente necesidad de clasificarme y etiquetarme. Como en su anterior contribución, una de las formas en que intenta conseguirlo es estableciendo las que considera mis afiliaciones históricas preferidas, pero constantemente les da una lectura excesiva, y encuentra un respaldo político allí donde sólo hay simpatía imaginativa. Esto explica su desproporcionadamente frecuente vuelta a mi supuesto alineamiento con Richard Hoggart. Una razón por la que esto me parece desproporcionado (algo que no se da en la argumentación sobre Arnold, sean cuales sean los demás defectos de la misma) es que sólo he publicado la mitad de un ensayo sobre Hoggart, una pieza que comencé como reseña de uno de sus libros más recientes, *Townscape with Figures*. Claramente me pareció un libro interesante, y lo usé para ilustrar ciertos rasgos que yo consideraba admirables y atractivos en los valores personales presentes en las obras de Hoggart más en general<sup>27</sup>. Pero nunca he intentado realizar un análisis exhaustivo de su obra y ni siquiera he dado a partes de la misma el tipo de estudio analítico riguroso que he dedicado a, por ejemplo, Eliot,

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 134, 137, 131-132.

<sup>27</sup> Reimpreso en Stefan COLLINI, *English Past: Essays in History and Culture*, Oxford, 1999, pp. 219-230. Debería decir, por si se pudiera dar cierta importancia al hecho de que no lo mencione, que posteriormente conocí a Hoggart y llegué a tratarlo un poco, y que éste escribió una comedida pero en general positiva reseña de *English Past*.



Leavis o Williams. La verdad es que Hoggart figura mucho más sustancialmente en la obra de Mulhern que en la mía, y para él constituye un importante punto de referencia negativo<sup>28</sup>. Sospecho que debo de ser en parte culpable de que Mulhern haya interpretado demasiado a partir de mi breve análisis, porque al revisarlo para su nueva publicación lo convertí en la mitad de un díptico en el que contrastaba a Hoggart con Raymond Williams, especialmente en lo referente a sus estilos como *escritores*, en el que el balance del juicio me parece favorable a Hoggart. Esto, obviamente, no es todo lo que yo diría sobre cualquiera de ellos desde otros puntos de vista, especialmente sobre Williams, pero Mulhern lo interpreta como una clara declaración de filiación.

### *¿De caza con Hitchens?*

Mi escrito que Mulhern somete a un análisis más exhaustivo es una reseña publicada el año pasado en el *London Review of Books* sobre el libro *Orwell's Victory*, de Christopher Hitchens<sup>29</sup>. La carga de sus objeciones a este respecto parece ser que me mantengo demasiado pegado a mi tema tanto estilísticamente como en referencia cultural. Señalando que la idea de «compañía» aparece varias veces, especialmente en la sentencia final del artículo, me considera demasiado «cordial», aunque tras releer mi artículo tengo que decir que Mulhern debe de poseer un sentido más vigorizante y enérgico de la «cordialidad» que yo. Pero la fuerza de sus objeciones descansa, nuevamente, en lo que yo no hago, o no hago con suficiente hincapié. Ante todo, señala que sólo hago una referencia al «apoyo prestado por Hitchens a las guerras de agresión de Bush» y que lo hago con palabras tales que «permite a los lectores olvidar un tanto la crisis política a la que alude». La frase en cuestión —sobre el hecho de que la postura favorable de Hitchens a la invasión de Iraq lo pone en «una compañía poco agradable»— quizá pueda en sí misma considerarse demasiado oblicua o incluso maliciosa, pero nuevamente tendría que decir que hay que conceder a un ensayista cierta capacidad de opción sobre su punto de acceso a un tema y sobre su modo de abordarlo. «El respaldo dado por Hitchens a las guerras de agresión de Bush» es ciertamente un tema legítimo, pero no el único; en este caso, también resultaba ser un tema sobre el que otros habían escrito ya. No veo razón para considerarlo la clave o el destino último de todas las obras de Hitchens, o que de alguna manera sea más importante que las características de la obra que yo estoy analizando. Pero nuevamente, parecemos estar volviendo al *status* primordial que Mulhern atribuye a la afiliación política entendida en los términos elementales de amigo-enemigo. Comentando el último

<sup>28</sup> Véase, por ejemplo, su ensayo «A Welfare Culture?», reproducido en *The Present Lasts a Long Time*, y los apartados de *Culture/Metaculture* titulados «Hoggart and the abuses of literacy», «Literature and contemporary cultural studies» y «From Hoggart to Stuart Mill».

<sup>29</sup> Stefan COLLINI, «No Bullshit» Bullshit», *London Review of Books*, 23 de enero de 2003; dado que Mulhern señala que «el tema es ciertamente Hitchens, no Orwell», quizá debería dejar constancia de que esto fue a solicitud de los directores del *LRB*.

párrafo de mi artículo, se queja de que «la carga de [mi] juicio [...] no se hace plenamente pública de la manera esperada»<sup>30</sup>. No me ha quedado claro quién espera aquí, pero la idea que tengo de los lectores del *LRB* es que se trata de un grupo culto y diverso, perfectamente capaz de apreciar la carga del juicio incluso en un artículo liberalmente salpicado de «ironía vivaz».

Generalizando a partir de este ejemplo sobre las limitaciones de mi crítica cultural en conjunto, Mulhern declara: «Esta crítica se parece a las verdades cantadas. Las verdades cantadas tienen fuerza pero poco alcance»<sup>31</sup>. Pero seguramente lo importante de las «verdades cantadas» es que tienen precisamente el alcance apropiado para la ocasión: eso es lo que las hace eficaces. Aquí, y no por primera vez, me encuentro preguntándome qué tipo de efectividad consideraría Mulhern deseable y alcanzable, de haber tenido que escribir en ese periódico en esa ocasión. En cualquier caso, el tipo de «alcance» del que considera que carece mi crítica lo sugiere el hecho de que pase inmediatamente, en el mismo párrafo, a la cuestión de la posibilidad de «transformación» de «las relaciones sociales del capitalismo», y que en efecto me reproche no realizar mi examen de Hitchens a la luz de una declaración explícita de cuál es mi opinión a este respecto. Pero a estas alturas confío en haber dejado claro por qué no comparto su sensación de la constante obligatoriedad de dicho ejercicio.

### *¿Escasamente político?*

Más en general, espero haber dejado también claro que no acepto los términos en los que Mulhern establece, no menos constantemente, un contraste entre los «compromisos sustantivos» o «reales» y las cuestiones de la voz, el tono, la perspectiva, etcétera, en las que se ha centrado buena parte de mi obra. La aplicabilidad universal y la utilidad de una distinción enmarcada en estos términos forma parte de lo que está en discusión entre nosotros. Pero incluso de acuerdo con el vocabulario conceptual preferido por Mulhern, hay que decir que no reconoce adecuadamente el lugar que dichos «compromisos sustantivos» ocupan en mi obra, y no da al lector una percepción adecuada de dicho lugar. Mis supuestos fallos a este respecto se ofrecen ciertamente de forma resumida: «Los términos de evaluación que él aporta al discurso público son escasamente políticos, incluso cuando la política sea el tema estudiado»<sup>32</sup>. Es, por supuesto, posible que aquí Mulhern esté trabajando con un sentido esotérico y a cuya altura resulte difícil juzgar respecto a qué se puede considerar «político», pero temo que simplemente esté exagerando un comentario justo sobre partes de mi obra hasta convertirlo en una generalización falsa sobre toda ella.

<sup>30</sup> F. Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», cit., p. 44.

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> *Ibid.* Dejo aparte, por ser un ataque extrañamente bajo que se condena a sí mismo, su burla de que mi estilo de crítica cultural es «acorde con los tiempos» por ser «otro tipo de privatización», *ibid.*, p. 45.

Por cuestiones de brevedad, permítaseme limitar mis contraejemplos a aquellos disponibles en las fuentes que él usa, el tipo de ensayo recogido en *English Pasts* y el tipo de ensayo recientemente publicado en la *London Review of Books*. Así, escribiendo en el primero sobre el llamamiento que el Partido Conservador hizo en la década de 1980 a los «valores victorianos», apenas oculté mi hostilidad hacia «políticas que manifiestamente enriquecen a los ricos y empobrecen a los pobres», o mi apoyo a aquellas medidas de fechas anteriores que «habían, hasta la década de 1980, convertido al Reino Unido en un país en el que ser pobre resulta menos horrible» o, más en general, mi desdén por «el individualismo barriobajero de las décadas de 1980 y 1990»<sup>33</sup>. Dado que Mulhern apoya buena parte de su argumentación en un artículo de *LRB* que era supuestamente característico de mis escritos al evitar términos de evaluación «política», quizá se me permita citar con cierta extensión un artículo publicado poco antes en dichas páginas. Así, cuando escribía sobre la fantasía de «Inglaterra» promovida por Roger Scruton, a quien calificué de «renacido ideólogo tory que se hace pasar por alguien otrora nacido campesino», afirmé que se evadía del hecho de que «quienes controlan grandes concentraciones de riqueza pueden determinar sistemáticamente las oportunidades vitales de quienes carecen de dicho control», y continuaba: «En dichos momentos, toda esta toma de actitudes sub-Waugh deja de parecer amistosamente inocua, y se revela como parte de una tendencia cultural más amplia cuyo efecto es distraer nuestra atención de aquello de lo que realmente trata “la experiencia de clase”». Al final del artículo, ofrecí algunas otras ideas generales que no parecen, una vez releídas, distinguirse principalmente por evitar los términos de evaluación política:

Porque el hecho es que la despierta energía destructiva del capital que busca maximizar sus beneficios no va a ser domada con un poquito de caza, tiro al blanco y pesca. Tampoco va a ser domada con un poquito de anglicanismo, o alguna otra forma embellecida de «reencantamiento». Podría, tal vez, ser domada con un poquito de socialismo.

Y concluía: «Y ésta, seguramente, es la paradoja discapacitadora del “conservadurismo” moderno, a saber, que quiere simultáneamente liberar las fuerzas del mercado y lamentar los efectos de las fuerzas del mercado. De ahí el profundo dilema estructural del moderno crítico social conservador: las fuerzas que están destruyendo todo lo que ama son las fuerzas que ideológicamente se ha comprometido a respaldar»<sup>34</sup>. Yo habría dicho que aquí había suficiente «evaluación política» como para satisfacer incluso a Mulhern. Pero es perfectamente cierto que no pienso que esto sea lo que *siempre* haya que decir; y por consiguiente, en tales ocasiones, no lo digo.

<sup>33</sup> S. Collini, *English Pasts*, cit., pp. 106, 110, 114.

<sup>34</sup> Stefan COLLINI, «Hegel in green wellies», *London Review of Books*, 8 de enero de 2001 (reseña a Roger SCRUTON, *England: An Elegy*, Londres, 2000, y a Kenneth BAKER (ed.), *The Faber Book of Landscape Poetry*, Londres, 2000).

Quizá venga al caso mencionar un artículo más reciente que anatomiza los supuestos que informan la actual política universitaria del Nuevo Laborismo; al caso porque, aunque apareció demasiado tarde para que Mulhern lo pudiera tener en cuenta, los asuntos de los que trata y su intención crítica son una continuación de los contenidos en un par de artículos publicados en la década de 1980 sobre la política de enseñanza superior incluidos en *English Pasts*<sup>35</sup>. Considero que los términos en los que analizo aquí el discurso público no podían tacharse de «escasamente políticos». Por supuesto, Mulhern puede, como cualquier otro lector, poner objeciones o reservas sobre el artículo, pero espero que pueda servir de ejemplo de una forma de crítica cultural que aborda un tema cultural urgente sin tender, ni siquiera implícitamente, al autoritarismo o a la nostalgia.

Mulhern concluye su evaluación de mi trabajo con un párrafo final muy curioso. Escribe que yo insisto en que mi práctica intelectual (sobre la que yo no había escrito realmente) «no es en absoluto peor por el hecho de no ser “política”, haciendo que al menos un lector se pregunte quién ha mantenido la posición contraria»<sup>36</sup>. Esto es extremadamente falso: todo nuestro intercambio ha girado en torno a la acusación que Mulhern presenta contra la crítica cultural, como parte del «discurso metacultural», por su «inherente» tendencia a «desplazar la política y disolver la propia razón política». Pero éste, dice, no es un asunto en el que esté implicada mi «práctica intelectual» (aunque es él quien la ha implicado): «No, la cuestión sencilla es hasta dónde llega *en cuanto crítica*, y con cuánta coherencia. La respuesta, en nuestra opinión, es que no va muy allá». Expresado con un espíritu más cordial, esto sería suscitar una cuestión muy interesante, aunque en ciertos aspectos, irresoluble, sobre cualquier crítica, la mía (con lo que valga) incluida. ¿Cómo *juzgamos* el alcance y el impacto de la crítica? El «alcance» aquí es presumiblemente tanto intelectual como social, con la implicación de que dado que mi crítica no va mucho más allá de las cuestiones de voz y temperamento, no puede sorprender mucho que sea ineficaz para cambiar la sociedad. Bien, ciertamente no querría reivindicar por extenso la eficacia de lo que escribo, pero no puedo evitar conjeturar un poco sobre la supuesta eficacia de otros modos. ¿No podría ser que el ofrecer a una gama razonablemente amplia y heterogénea de lectores algunos apuntes para reexaminar lo que saben aspire a ser tan «eficaz», a su manera, como avanzar un conjunto de afirmaciones teóricas, expresado con un alto grado de abstracción, para un grupo de lectores pequeño y en gran medida converso? No deseo dar prioridad a ninguna medida de eficacia ni descartar sin más ninguna de estas formas de crítica, pero la comparación me hace pensar que cada forma tiene sus propias limitaciones específicas en lo que a alcance y efectividad se refiere.

<sup>35</sup> Stephan COLLINI, «HiEdBiz», *London Review of Books*, 6 de noviembre de 2003.

<sup>36</sup> F. Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», cit., p. 45.

Pero yo, aparentemente, «afilio» mi trabajo al «liberalismo cultural inglés», una tradición cuyo historial «ha sido variable en este aspecto decisivo». El aspecto decisivo, recuérdese, es «hasta dónde llega *en cuanto crítica*, y con cuánta coherencia». En un movimiento revelador, Mulhern sugiere que de hecho no toda crítica de este tipo ha sido tan intrascendente como la mía. Por ejemplo:

Leavis basaba las evaluaciones que hacía de la situación contemporánea en una teoría firme de modernidad histórica, de la que también derivaba la estrategia y la táctica de una política cultural. Que la teoría fuera falsa y la política desesperada –y crecientemente reaccionaria– no es exactamente lo más importante: su práctica crítica era decidida, penetrante y, para muchos, una inspiración<sup>37</sup>.

El énfasis retórico hecho aquí parece sugerir que es más importante *tener* una «teoría» y *tener* una «política», aunque sean falsas, desesperadas y reaccionarias, que intentar conducir las propias «evaluaciones de la situación contemporánea» (en la medida en que eso sea lo que uno quiere abordar, que no siempre es así) de maneras más precisas y refinadas pero reconocidamente poco sistemáticas e incompletas. La «teoría firme de modernidad histórica» que poseía Leavis era, como Mulhern sabe mejor que nadie, una amalgama ecléctica de nostalgia, prejuicio y austeridad moral, salpicada con algunas observaciones perspicaces sobre las formas cambiantes de un «público lector instruido». Ni las observaciones de Leavis ni las de cualquier otro sobre la situación contemporánea resultaron más penetrantes o más analíticas por el hecho de basarse en la fantasía histórica de una «comunidad orgánica» perdida. (Por cierto, es interesante ver que, dado que en esta ocasión se cita con un cierto grado de aprobación, se admite que Leavis practicó una «política cultural», aunque normalmente figura en la acusación que Mulhern presenta contra la tradición de la «Kulturkritik» como exponente de la «crítica cultural».) El fragmento también arroja una interesante luz sobre el recurrente interés de Mulhern por Leavis durante los pasados veinticinco años. Sugiere que lo considera un oponente digno de atención, en parte porque es posible respetar la rotundidad moral de su hostilidad hacia «la civilización tecnológico-benthamiana», y en parte porque, al intentar desarrollar una «teoría de la modernidad histórica» y derivar una «política cultural» de ella, podría considerarse que Leavis hace explícito lo que formas más implícitas o evasivas del «liberalismo cultural» meramente suponían. Demoler la teoría «falsa» y la política «desesperada» no sólo es, en consecuencia, incitantemente fácil, sino que también puede afirmar ser una victoria contundente y representativa.

Da la casualidad de que también yo siento desde hace mucho tiempo interés, y gran respeto, por Leavis, al menos por la crítica literaria de sus primeros tiempos (bastante menos por su crítica cultural), y es cierto que su particular combinación de agudeza crítica e intensidad moral atrajo a un considerable número de seguidores en ciertos círculos de Inglaterra, y

<sup>37</sup> *Ibid.*

en otras partes, a mediados del siglo xx. Pero en un ensayo que no ofrece ninguna razón particular por la que Mulhern debiera haberlo citado, o incluso haberse fijado en él, he intentado indicar por qué Leavis me parece más una advertencia que una inspiración en lo que a la crítica de la sociedad se refiere, en buena parte debido a la ausencia en su obra de «un conocimiento adecuadamente sociológico de su propia sociedad, y en consecuencia una incapacidad para estimar la verdadera potencia de las fuerzas sociales y políticas». También da la casualidad de que en ese artículo presento otras censuras a «la tradición de la crítica literaria en cuanto crítica social descendiente de Arnold» y desgloso algunos de «los pecados comunes de la crítica cultural ejercitada de este modo»<sup>38</sup>. Quizá dicho artículo arroje algo de luz sobre las diferencias de «temperamento» entre Mulhern y yo (si se me permite sacar aquí un caballo de batalla a dar un pequeño paseo), el que él, a pesar de las fundamentales reservas sobre la lógica política de la obra de Leavis, resalte su respeto por el alcance de la crítica cultural de éste debido al carácter «teórico» y «penetrante» de ésta, mientras que yo, a pesar de sentir cierto respeto por el trabajo de Leavis en cuanto profesor y crítico literario, me desaliento más ante la superficialidad y la exageración características de su crítica cultural.

Más en general, Mulhern observa, bastante adecuadamente, que una de mis formas preferidas es el retrato intelectual. Sin embargo, detecta un significado teórico siniestro en esta preferencia. Porque la «premisa no especificada» de mi obra resulta ser «uno de los tópicos centrales de la cultura literaria liberal en el siglo xx», a saber, que «la literatura [...] es al discurso público lo que la persona individual es al orden social, el límite de la hipótesis clasificadora»<sup>39</sup>. En otra ocasión, uno podría parar a preguntar qué autoriza este uso burdamente totalizador de «liberal»; de manera similar, la palabra «tópico» sugiere que estamos tratando de algo que los miembros de esa «cultura» consideran de mero sentido común pero que puede ser percibido como la creencia peculiar o ideológica que realmente es cuando se observa desde el punto de vista implícitamente superior. Pero centrémonos por un momento más en esa frase ingeniosamente torneada, «el límite de la hipótesis clasificadora». La implicación, desde el punto privilegiado superior situado fuera de este tópico, es que los prisioneros del tópico consideran *todos* los esfuerzos de clasificación potencialmente presuntuosos (hay que tachar a la cultura «liberal» de incurablemente nominalista y resistente a cualquier actividad de formación de conceptos). Pero, haciendo frente al filo sarcástico de la frase, podríamos preguntar: ¿cree el propio Mulhern que podría *no* haber necesidad de «límite a la hipótesis clasificadora»? Parece claro que no lo cree, al menos cuando son otros los que realizan la clasificación. Pero en ese caso, «la persona individual» está *obligada* a ser una posible fuente de tales límites

<sup>38</sup> Stephan COLLINI, «The critic as anti-journalist: Leavis after *Scrutiny*», en Jeremy TREGLOWN y Bridget BENNETT (eds.), *Grub Street and the Ivory Tower: Literary Journalism and Literary Scholarship from Fielding to the Internet*, Oxford, 1998, pp. 151-176, en p. 172.

<sup>39</sup> F. Mulhern, «¿Qué es la crítica cultural?», cit., p. 42.

en relación con el «orden social» simplemente porque las clasificaciones sociales, por muy «realista» que sea la línea en que las interpretemos, son clasificaciones de grupos de individuos.

El que la literatura constituya o no una fuente fructífera de dichos «límites» en relación con el discurso público es, coincido, discutible, pero no hay nada inherentemente ingenuo u obstructivamente nominalista o repreensiblemente conservador en pensar que pueda hacerlo. Como recordatorio de la discusión más amplia implicada, se puede citar a dos críticos culturales distinguidos, si bien opuestos, tratando de esta cuestión. Primero, está la celebrada observación de Lionel Trilling: «Para llevar a cabo la tarea [de la crítica cultural] la literatura tiene una importancia específica [...] porque la literatura es la actividad humana que más plenamente y con mayor precisión tiene en cuenta la variedad, la posibilidad, la complejidad y la dificultad»<sup>40</sup>. Y en segundo lugar, está el comentario menos conocido de Roland Barthes, de quien normalmente no se considera que comparta los tópicos de ninguna posible «cultura literaria liberal»: «El conocimiento es burdo, la vida sutil, y la literatura nos importa porque corrige esta distancia»<sup>41</sup>. Ambas afirmaciones son, como ya he reconocido, eminentemente discutibles, pero no conozco ningún punto de vista desde el cual se puedan considerar *evidentemente* estúpidas o ingenuas, y tampoco, por la misma razón, considero que uno se condene a sí mismo por el hecho de ser atraído a ese material que puede de hecho, en ciertas circunstancias, ayudar a «poner límites a la hipótesis clasificadora».

Este aspecto se puede abordar también reflexionando sobre la importancia de algo que constituye meramente un comentario de pasada en «Más allá de la metacultura». Mientras acusa a Adorno de exhibir una forma marxista de «Kulturkritik», Mulhern señala el tono bastante altanero de una frase de *Prismas* en la que Adorno criticaba la fealdad y los orígenes lingüísticamente híbridos de la palabra *Kulturkritik* en alemán, y observa no sólo que la filología a la que Adorno apela implícitamente es «un antiguo dogma de escuela», sino también que «el tropo de la discriminación recuerda a Henry James»<sup>42</sup>. No deseo defender aquí la expresión del gusto literario o intelectual de Adorno ni ningún llamamiento general a un anti-

<sup>40</sup> Lionel TRILLING, *The Liberal Imagination: Essays on Literature and Society*, Nueva York, 1950, p. xv. Mulhern cita parte del pasaje en un ensayo anterior, considerando que el compromiso de Trilling con estas cualidades es la esencia de su «liberalismo felino» (F. Mulhern, *The Present Lasts a Long Time: Essays in Cultural Politics*, cit., p. 90).

<sup>41</sup> «La science est grossière, la vie est subtile, et c'est pour corriger cette distance que la littérature nous importe», Roland BARTHES, *Leçon* [conferencia inaugural en el Collège de France], París, 1978. La traducción al inglés [«Knowledge is coarse, life is subtle, and literature matters to us because it corrects this distance»] está tomada de Michael WOOD («What Henry knew», *London Review of Books*, 18 de diciembre de 2003), que interpreta *science* como «conocimiento organizado» y la idea de «corrección» como corrección óptica. En el *Barthes Reader*, editado por Susan Sontag, la traducción de Richard Howard es: «Science is crude, life is subtle, and it is for the correction of this disparity that literature matters us».

<sup>42</sup> F. Mulhern, «Más allá de la metacultura», cit., p. 73.

guo dogma de escuela, pero no pude evitar preguntarme si «recordar a Henry James» sería en este contexto tan evidentemente indeseable. Me encontré pensando, por el contrario, que la discriminación está en el centro de cualquier crítica cultural que valga la pena, y que en lo que a discriminación se refiere James alcanza a buen seguro unos niveles muy elevados. Al establecer sus propias discriminaciones, ciertamente podía ser afectado y *snob* y muchas otras cosas que el propio Adorno, parece, podría ser a su manera, pero yo me apresuraría a pensar que, incluso cuando se habla de crítica cultural en estas páginas tan poco jamesianas, sólo él debería figurar de esta manera decididamente distanciada.

Y eso a su vez me llevó a recordar el intercambio que James tuvo hacia el final de su vida con H. G. Wells, en el que Wells atacó al novelista de más edad por falta de relevancia social (es sabido que caricaturizó la novela de James tachándola de «magnífico pero lastimoso hipopótamo resuelto a toda costa, incluso a costa de su dignidad, a coger un guisante»). En contraste con esta enrarecida «visión de la vida y la literatura», declaró Wells, «yo preferiría que me llamaran periodista en lugar de artista». Resulta, por supuesto, que James no tendía a escribir mucho sobre la transformación de las relaciones sociales del capitalismo, al menos directamente, y en aquellas escasas novelas en que abordó explícitamente temas «políticos», tales como *Las bostonianas* y *La princesa Casamassima*, apenas se distinguió como entusiasta de las causas «progresistas» de su época. Pero su magnífica respuesta quizá no sea en todo caso completamente irrelevante para el posible crítico cultural que medite sobre la comparativa fecundidad de las diferentes rutas hacia la intuición y el conocimiento.

Pero sólo *tengo* una opinión de la vida y de la literatura y es, sostengo, que nuestra forma de ésta en especial [es decir, la novela] es admirable exactamente por su alcance y variedad, su plasticidad y su liberalidad, su buen aprovechamiento de la sincera y cambiante experiencia de quien la practica. [...] En cuanto a mí, vivo, vivo intensamente y me alimento de la vida, y mi valor, sea el que sea, es mi propio tipo de expresión de eso. [...] Así que lejos de que [el arte opuesto a la utilidad] de la literatura sea irrelevante para el informe literario sobre la vida, y para convertirla en algo tan interesante como sea posible, lo considero importante en un grado que deja atrás todo lo demás. Es el arte lo que *hace* la vida, hace el interés, hace la importancia, para nuestra consideración y aplicación de estas cosas, y no conozco sustituto alguno para la fuerza y la belleza de su proceso<sup>43</sup>.

No es necesario suscribir dicho esteticismo y subjetivismo *au pied de la letre* para sentir que la «plasticidad y la liberalidad» que James invoca aquí pueden de hecho desempeñar una función legítima en la imposición de límites a la hipótesis clasificadora.

---

<sup>43</sup> Henry James a H. G. Wells, 10 de julio de 1915, en Philip HORNE (ed.), *Henry James: a Life in Letters*, Londres, 1999, pp. 554-555.



## III. ¿OTRA OLA DE LA VARITA MÁGICA?

Hemos realizado un largo viaje desde mi inicial breve reseña sobre el relativamente corto libro de Mulhern. En ella aplaudí el análisis perspicaz que el libro hace de los estudios culturales y su identificación de las continuidades no obvias con algunas formas anteriores de crítica cultural. Pero a medida que ha avanzado el intercambio, la naturaleza de las diferencias entre nosotros me ha quedado más clara. He llegado a sentir que Mulhern generalizó excesivamente, e incluso teorizó excesivamente, su argumentación: convirtió ciertas características históricamente variables en rasgos lógicamente necesarios; sentenció que otras configuraciones eran ilegítimas o imposibles. El efecto de su discusión fue el de *eliminar* la posibilidad de que exista una crítica cultural legítima: califica a toda crítica de ese tipo de *Kulturkritik*, una variante de la Metacultura; y define esto como un intento ilegítimo de asumir el lugar que por derecho le pertenece a la política. Por consiguiente, mi papel en este intercambio ha sido principalmente el de realizar una protesta: aquello a lo que convencionalmente nos referimos como «cultura» —una abreviación cuyas limitaciones son conocidas— sigue proporcionando, he sostenido, una serie de recursos, lenguajes y perspectivas que permiten ciertos tipos de relación crítica con la sociedad contemporánea. No tenemos muchos otros recursos de fuerza comparablemente capacitadora, ni una perspectiva tan inminente de vivir en sociedades que no necesiten críticas, como para que debamos apresurarnos aún a excluir su actividad del tribunal.

*La primacía de la política*

Mulhern, por el contrario, afirma y reafirma constantemente la primacía de la política. ¿Pero qué supone eso, exactamente, en el caso actual? La presa que, de acuerdo con su análisis, se disputan la política y la cultura es la «autoridad». El término aparece en todas las formulaciones clave de su discusión: el discurso metacultural está intentando «suplantar la autoridad de la política»; la cultura afirma «su derecho a la autoridad sobre el conjunto social»; la cultura intenta desplazar a la política «en el disputado plano de la autoridad social»; en la «*Kulturkritik*» la cultura es la «autoridad social válida, porque es verdaderamente general»; «el objetivo característico de lo que acabaría convirtiéndose en los estudios culturales propiamente dichos era el de desmitificar la presunta *autoridad* [cursiva en el original] de la *Kulturkritik*»; y así sucesivamente. Encuentro algo curiosamente unívoco en estas formulaciones: la cultura siempre se presenta como una especie de pretendiente ilegítimo al trono legítimamente ocupado por la política porque la «autoridad» es singular e indivisible. Quizá sea útil, por el contrario, introducir en este punto una distinción de la sociología clásica. Aquí, dicho esquemáticamente, la «autoridad social» se entiende como «la probabilidad de que las personas obedezcan un orden reconocida como legítima de acuerdo con las normas predominantes de su sociedad», mientras que la «autoridad cultural» se entiende como «la probabilidad de que definiciones de la realidad y juicios de significado y valor

particulares prevalezcan como válidos y verdaderos»<sup>44</sup>. En lo que a la autoridad social se refiere, la sensación de que en un espacio determinado es necesario que haya una autoridad suprema o definitiva es inmediatamente inteligible; ésta es, desde otro ángulo, la idea weberiana del Estado como institución que posee el monopolio legítimo de la fuerza en un territorio dado. Pero respecto a la autoridad cultural, presumiblemente esto no es así: no hay una «autoridad definitiva», sólo aspiraciones opuestas a la autoridad.

La deducción que se saca de la evaluación que Mulhern hace de la crítica cultural parece ser la de que asigna a la *política* un monopolio legítimo con «definiciones de la realidad y juicios del significado y del valor [que] prevalecerán como válidos y ciertos». Así, en un punto de *Culture/Metaculture*, al evocar nuevamente una distinción entre «sustancia» y «forma», hace referencia a una postura particular afirmando que tiene «sustancia moral», lo cual comenta que significa «estar relacionada con intereses y propósitos sociales específicos»<sup>45</sup>. Esto se acerca, me parece, a un sentido restrictivo y teóricamente especificado de «moral», quizá un sentido sociológicamente reductivo. Pero ilustra desde otro ángulo el tema de discusión: para Mulhern, las cuestiones sobre los valores, incluidas las amplísimas cuestiones sobre cómo deberíamos vivir, están «vacías» a no ser que se resuelvan en cuestiones sobre «intereses sociales específicos». El choque de intereses sociales específicos, en su forma explícita y obligatoria, es la dinámica de la política, y la política, así entendida, es en último extremo el árbitro de «las definiciones de la realidad y los juicios de significado y valor». Tal interpretación no es en absoluto, no hace falta decirlo, peculiar de Mulhern, pero quizá él ha demostrado desde sus primeras obras una especial preocupación por las formas en las que las cuestiones políticas fundamentales del Reino Unido del siglo xx han sido sublimadas o disfrazadas de cuestiones de cultura, especialmente la cultura mediada por los críticos literarios.

En su obra más reciente, Mulhern prefiere denominar a su propio enfoque «política cultural». ¿Representa esto quizá una especie de Tercera Vía teórica, que no asigna la primacía ni a la política ni a la cultura? Claramente no, diría yo. Como forma de aproximarse a esta cuestión, considérese el pasaje de la introducción de *The Present Lasts a Long Time* en el que Mulhern distingue su sentido de la «política cultural» de dos extremos o caricaturas: por una parte, el «culturalismo», «la tendencia genérica de la tradición crítica liberal», que «afirma la primacía moral de la cultura sobre la política»; y por la otra el «instrumentalismo», «el error a un tiempo justa y falsamente asociado con las tradiciones socialistas, que eleva las prioridades políticas existentes como el test de la legitimidad cultural»<sup>46</sup>. Pero debería señalarse que los términos en los que se traza este contraste introducen silenciosa-

<sup>44</sup> Estas formulaciones particulares las he sacado de Paul STARR, *The Social Transformation of American Medicine*, Nueva York, 1982, p. 13; quizá sirvan simplemente porque Starr está aquí resumiendo un corpus de bibliografía sociológica clásica derivado de Weber y otros.

<sup>45</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., p. 170.

<sup>46</sup> F. Mulhern, *The Present Lasts a Long Time*, cit., p. 6.

mente una triple asimetría, de tal forma que *a)* «la tradición liberal» es inevitablemente unívoca, mientras que a las «tradiciones socialistas» se les concede una atractiva pluralidad; *b)* hay una parte de estas tradiciones socialistas que no está «justamente» abierta a este reproche, un atenuante no permitido a la tradición crítica liberal; y *c)* el reproche en el caso de las tradiciones socialistas se limita al de favorecer «las prioridades políticas existentes», lo cual permite después que una verdadera política socialista afirme la primacía moral de una forma futura de organización social sin incurrir en la acusación de instrumentalismo. De ese modo, una versión adecuadamente simétrica del contraste sería: «culturalismo, el error justa y falsamente asociado con las tradiciones liberales, que afirma la primacía moral de la cultura sobre la política», frente a «instrumentalismo, el error justa y falsamente asociado con las tradiciones socialistas, que afirma la primacía moral de la política sobre la cultura». Aunque estas dos posturas se presentan como extremos contra los cuales se define la «política cultural» por él preferida, la inclinación del contraste es sólo un indicativo de la verdadera inclinación de Mulhern por el segundo miembro del par.

Es cierto que la política cultural, tal y como él la concibe, puede usar la «posibilidad» representada por el «exceso cultural», es decir, esos aspectos de vida portadora de sentido que siempre excederán o escaparán a las actuales instituciones y categorías políticas. Pero aun así expresada, la política cultural sigue siendo política, como deja claro el hecho de que él la identifique con «el arte de lo posible», y su insistencia en que reconocer la «discrepancia», que es «el espacio de la política cultural», es una de las marcas de «una política emancipadora», aquí contrastada con «cualquier fórmula política burguesa»<sup>47</sup>. De modo que la «política cultural» no es una especie de tercera opción que evite dar prioridad a la política o a la cultura: conserva la primacía de la política, pero intenta exonerarse, por el momento al menos, de la acusación de «instrumentalismo» al mantenerse abierta a la «posibilidad» codificada en el excedente cultural. Pero siempre estas posibilidades se evalúan dependiendo de si apuntan hacia la derecha o hacia la izquierda; ¿estás con nosotros o contra nosotros?, ¿eres amigo o enemigo «en el efecto final»? La evaluación es siempre «en primera y última instancia política»<sup>48</sup>.

Uno de los clichés más pesados y coercitivos en el discurso actual (y no dudo de que Mulhern estaría de acuerdo) es la frase «al final del día». Entre las fuentes de su carácter ofensivo se encuentra la forma en que a menudo se usa para establecer que siempre llega un momento en el que todo lo que ha ocurrido antes acaba perdiendo importancia: desde ese punto de ventaja retórico, todo lo que importa es el resultado o la situación rei-

<sup>47</sup> F. Mulhern, *Culture/Metaculture*, cit., p. 174, 171, 162. *The Present Lasts a Long Time*, cit., p. 7.

<sup>48</sup> F. Mulhern, *The Present Lasts a Long Time*, cit., p. 2. En este último ejemplo, Mulhern aparentemente (pero creo que sólo aparentemente) modifica la afirmación diciendo que «esta evaluación de las probabilidades históricas es en primera y última instancia política; pero las razones subyacentes de la evaluación encuentran sus premisas en la teoría general, y son por consiguiente más que estrictamente políticas en sus aplicaciones».

nante en un momento propuesto de la sentencia, como en la lógica de un juego o una guerra o una contienda de cualquier tipo. Por supuesto, la deducción puede ser falsa incluso en el caso de esas actividades: puede perfectamente haber cosas más significativas en el juego que el resultado (espero que a Mulhern no le parezca mera opinión inglesa «sociable»). Pero una objeción más contundente al uso común de la expresión es la forma en la que rechaza toda una gama de consideraciones importantes a favor de la importancia primordial de un tipo particular de hoja de resultados. Las metáforas están empezando a multiplicarse, pero una forma de mostrar la inaceptabilidad de esta frase hecha es observar el significado literal que se esconde en la metáfora ahora más o menos muerta de «el final del día». Porque el hecho es que el crepúsculo o el anochecer son sólo partes muy pequeñas del día. La mayor parte de la vida se vive durante el resto del día, y de la noche, pero ningún momento proporciona una perspectiva acumulada de todos los demás. Algo similar, me parece, podría decirse de asignar una categoría fundamental a un «análisis final» o a un «cálculo supremo» político, ya sea proyectado hacia un punto no especificado del tiempo histórico futuro o presentado como punto terminal alcanzado por el análisis teórico. Por supuesto, todos tenemos compromisos éticos o de otro tipo, y algunos pueden legítimamente afirmar que son más fundamentales que otros. Pero quizá debamos resistir la tentación de permitirles ejercer un poder prematuramente decisivo basándose en su categoría privilegiada cuando, a la postre, «todo está dicho y hecho». Nunca se dice y se hace «todo», y el monismo político no es más atractivo que cualquier otro tipo de monismo.

### *El trabajo de la crítica*

Ni este ensayo ni ninguna de mis anteriores contribuciones a este intercambio constituyen intentos de esbozar una nueva teoría de la crítica cultural, en buena parte porque lo que tengo que decir no es ni nuevo ni una teoría. Lo que he ofrecido es, en primer lugar, una protesta contra la eliminación o la clausura de una gama de posibilidades. En un aspecto se puede entender que nuestra disensión no trata sólo de dos vocabularios o formas de hablar, sino también de dos expectativas sobre el nivel de abstracción exigido a dichos vocabularios, y quizá incluso sobre lo cerrados y coherentes en sí mismos que serán esos vocabularios. Por eso mis respuestas han adoptado principalmente la forma de la escala reducida, los desacuerdos locales, ahora con esta forma de exponer un caso, ahora con ese etiquetado o preferencia clasificatoria, etcétera. Me doy perfecta cuenta de que el precio que pago por esta táctica, si uno piensa puramente en función de una especie de «debate» competitivo o entre dos partes, es una falta aparente de enfoque o de fuerza teórica. Pero la táctica es, creo, la expresión adecuada de una convicción subyacente sobre el valor de la persuasión y sobre cómo se produce la persuasión en estas materias. Ese proceso me recuerda más a un contagio que a una demostración matemática; más como venir a disfrutar de la compañía de alguien que como perder al ajedrez.

El mundo intelectual de Mulhern es innegablemente más ordenado que el mío, pero el precio de su régimen doméstico impresionantemente enérgico quizá sea que haya sido barrido de la existencia algún aspecto valioso de la crítica cultural. Adaptando la célebre frase de Trilling, se puede decir que la cultura comprende una gama de actividades humanas que «prestan la más plena y precisa atención a la variedad, la posibilidad, la complejidad y la dificultad», y por esa razón siempre es probable que la crítica cultural ponga en juego los tipos de consideración con los que no congenian, o de los que habitualmente se olvidan, los procesos más instrumentales, pragmáticos y agregativos que no obstante son completamente necesarios para dirigir el mundo y hacer sus tareas. Esas propiedades generales enumeradas por Trilling quizá se consigan de más de una manera y con más de un conjunto de compromisos políticos. Igualmente, no son bienes constantes y carentes de ambigüedad en sí mismos, y no son ni remotamente los únicos bienes. Sin embargo, en esa confusa zona de compromiso, de alcance intermedio, en la que se produce el debate público serio –que supera con creces los imperativos de acción del hora a hora pragmático, pero no alcanza las abstracciones austeras de la teoría sistemática– vale la pena tener y alimentar todos los recursos que ayudan a alertarnos de la variedad y, por consiguiente, nos ayudan a evitar que nuestras concepciones reduzcan la gama de nuestras percepciones.

Así, lo que considero haber hecho mientras avanzaba por esta serie ahora bastante extendida de desacuerdos menores y locales ha sido involucrarme en una práctica, una práctica que creo que comparto con Mulhern aunque quizá él no esté dispuesto a aceptar esta descripción para su parte del intercambio. La crítica, la elaboración y la justificación de percepciones sobre un objeto dado (que puede, como en este caso, incluir la crítica a otro escritor), aspira a persuadir. En cualquier práctica crítica mínimamente interesante, se da la persuasión, como he dicho, tanto mediante el ejemplo y la atracción como mediante la aplicación de propuestas. Al familiarizarse con una forma de hablar, quizá al llegar finalmente a habitar y tomar posesión activa de dicha forma de hablar, quizá al llegar finalmente a habitarla y tomar posesión de ella, un lector llega a compartir con el crítico una serie de discriminaciones, caracterizaciones, entusiasmos y aversiones. Casi insensiblemente, otras formas de hablar empiezan a parecer, en el contexto determinado, inexactas, exageradas, toscas o coercitivas, etcétera. Siempre está abierta a que otra voz en la conversación ponga en duda estas percepciones, estos juicios, estas formas de hablar, pero no obstante la nueva voz está necesariamente implicada en una versión de la misma práctica. Lo que llamamos «teorías» proporcionan contribuciones poderosas, provocativas y completamente legítimas a dichas conversaciones, a menudo estableciendo criterios respecto a la definición de términos y a la rigidez de la implicación lógica. Pero dichas teorías no provocan el final de la conversación. La crítica usa los recursos de los que dispone para poner en cuestión esas afirmaciones de irrevocabilidad, y cuando los lectores –que después de todo son simples interlocutores potenciales temporalmente entregados al silencio– se sienten llevados a objetar, asentir, admirar, dudar, sonreír y reflexionar, entonces ya se ha hecho avanzar la conversación en la práctica.